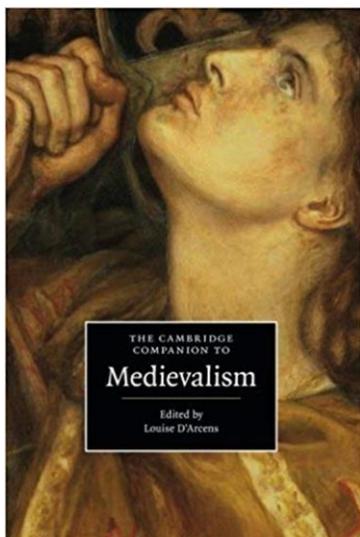


---

---

## SOBRE *THE CAMBRIDGE COMPANION TO MEDIEVALISM*, DE LOUISE D'ARCENS (ED.)

Juan Manuel Lacalle  
Universidad de Buenos Aires  
lacallejuanmanuel@gmail.com



∞

*The Cambridge Companion to Medievalism*, de Louise D'Arcens (ed.); Cambridge: Cambridge University Press, 2016; 242 pp.; ISBN: 978-1-107-08671-5 (tapa dura) y 978-1-107-45165-0 (tapa blanda).

---

Now I know how Joan of Arc felt,  
as the flames rose to her Roman nose  
and her walkman started to melt.  
The Smiths, *Bigmouth Strikes Again*



Como señala la editora en la introducción, la madurez y el estado que alcanzó el campo de estudio en la actualidad, producto del crecimiento a lo largo de los últimos años, permiten que el medievalismo reciba su *Cambridge Companion*. Si el objeto de esta disciplina comienza cuando la Edad Media termina, el espectro es sumamente amplio. De esta complejidad da cuenta este completo volumen, cuya única falencia, quizás, sea la centralidad anglófona. No obstante, somos conscientes de que hay trabajos en curso que abogan por quebrar esta hegemonía. Un dato a destacar es el diálogo entre los propios artículos que constituyen el libro, que evidencia la lectura y el intercambio previos entre los autores.

El continente americano, como prácticamente el resto del globo terráqueo, no tuvo Edad Media. Ahora bien, estudiar las etapas canónicas de la “historia universal” y no considerar determinadas regiones en ese corte temporal, ¿no es quitarles entidad? ¿O acaso se trata de todo lo contrario: generar una particularidad y descentralizar? ¿Cómo corresponde designar ese pasado en esos otros espacios? ¿Qué estatuto diferencial tiene el medievalismo producido allí? ¿Qué plus otorga la periferia a los estudios medievales (literarios y de todo el abanico interdisciplinar)? Pareciera existir cierta gradación jerárquica en los grandes congresos y publicaciones sobre la Edad Media que va desde el análisis de lo inglés y lo francés, pasando por lo alemán y lo italiano, para llegar a considerar lo español, lo portugués y la producción en otros países del este de Europa y una pequeña parte de Asia y África. ¿Cuáles son los usos estéticos, políticos y culturales del imaginario medieval en todo el mundo una vez concluido el período que reconocemos como Edad Media y, sobre todo, por fuera de Europa. ¿En qué radica ese interés?

El espacio que ocupa el medievalismo en los eventos académicos de hoy en día es cada vez mayor; basta mirar los últimos programas de, por ejemplo, el *International Medieval Congress* de la University of Leeds y el *International Congress on Medieval Studies* de la Western Michigan University. O, más específicamente y en su totalidad, el último *MAMO* (The Middle Ages in the Modern World), que por primera vez ha tenido lugar fuera de territorio angloparlante.<sup>1</sup>

En línea con la temática, la tapa del volumen ilustra la *Juana de Arco* (1864) de Dante Gabriel Rossetti. Esto acerca al lector menos familiarizado con el área, dado que entre los primeros *revivals* más reconocibles del medievalismo se encuentran los de los románticos y los prerrafaelitas.<sup>2</sup>

La introducción, que lleva por título “Medievalism: scope and complexity”, está a cargo de la editora del volumen, Louise D’Arcens, de la University of Wollongong (Australia), responsable de *Comic Medievalism: Laughing at the Middle Ages* (2014) y *Old Songs in the Timeless Land: Medievalism in Australian Literature 1840-1910* (2011), así como también de compilaciones sobre temáticas vinculadas a lo popular y a la figura femenina en la Edad Media. En las páginas que abren el libro, D’Arcens menciona otros estudios similares de los últimos años y define al medievalismo como el estudio de “la recepción, interpretación y recreación de la Edad Media europea en culturas post-medievales” (1). Quienes se dedican a este campo, originalmente estudiaron para ser medievalistas o son, al mismo tiempo, medievalistas. En relación con el desarrollo del área en las últimas décadas se destacan los cuantiosos trabajos individuales, volúmenes colectivos, *dossiers* de revistas académicas y paneles exclusivos que tuvieron lugar en congresos. Hay dos publicaciones periódicas

<sup>1</sup> Aunque todavía no se permita el español entre los idiomas habilitados para el envío de trabajos.

<sup>2</sup> Recomendamos aquí la serie *Desperate romantics* (2009) para quien desee un primer acercamiento a esta producción.

que se dedican específicamente al tema: *Studies in Medievalism* (desde 1979) y, más recientemente, *postmedieval: a journal of medieval cultural studies*.

La amplitud y la diversidad del campo dificultan su definición. Sin embargo, una constante es el análisis de cómo fenómenos culturales modernos, discursos ideológicos y prácticas políticas e intelectuales se fundan en ideas medievales. En esta presentación se realiza una distinción entre el medievalismo de la Edad Media “encontrada” (*found*) y la “hecha” (*made*) o “neomedievalismo”. Es decir, trabajos postmedievales que se basan en vestigios fácticos o que crean en forma imaginativa a la “manera medieval”. Cabe aclarar que el medievalismo no necesariamente implica una visión positiva de la Edad Media, sino que en muchos casos asume una visión crítica (sobre todo hoy en día, cuando nos encontramos con usos político-ideológicos sumamente nefastos de la Edad Media). Efectivamente, el medievalismo ha resultado y resulta dócil tanto para corrientes de izquierda como de derecha, progresistas y conservadoras, nacionalistas y militaristas. Estas visiones o revisiones del pasado, entonces, sirven a intereses de regímenes políticos modernos. Antiguamente, y en menor medida en el presente, la disciplina recibió críticas que la han tildado de anacrónica o frívola. No obstante, estas investigaciones hoy se encuentran en auge y los trabajos bien desarrollados implican, de hecho, una mirada mucho más amplia y un conocimiento mayor que cualquier otro, ya que requieren el estudio de, al menos, dos temporalidades. El medievalismo, así, y con un eco en la estética de la recepción, revela tanto de la Edad Media como de la época que produce el objeto.

El resto del libro está conformado por catorce artículos y un apartado con recomendaciones de cada autor para continuar leyendo sobre la temática de cada capítulo.<sup>3</sup>

En “Medievalism in British poetry”, Chris Jones se dedica a ver la relación del medievalismo de Gran Bretaña con lo nativo y los orígenes. Según el autor, esta sería una de las características definitorias de la literatura británica, ya desde *Beowulf* o el *Brut*. Jones se detiene un poco más en Edmund Spenser y su *Faerie Queene*, donde se utiliza a Chaucer de modelo, dado que Spenser será tomado como referencia por los poetas medievalizantes de los siglos siguientes: John Dryden, Alexander Pope, James Thomson. Esta situación cambia a mediados del siglo XVIII con Thomas Gray y su *The Bard: A Pindaric Ode*, y con James Macpherson (Ossian). Allí lo medieval es asociado con una cercanía a la naturaleza y una espontaneidad de sentir que se percibían perdidas con el nacionalismo de la post-ilustración. Como Macpherson, Thomas Chatterton tenía su alter ego “medieval”, Thomas Rowley, quien influyó en Wordsworth, Coleridge, Keats y Shelley. Este florecimiento, en parte, es una reacción ante el dominio previo en la poesía inglesa de la estética neoclásica. Ya Walter Scott, con *The Lay of the Last Minstrel* y *The Lady of the Lake*, presenta un perfil más informado que sus predecesores sobre la literatura medieval. El apogeo vendrá con Tennyson, *The Lady of Shalott* y *The Idylls of the King*, y William Morris. Esta vertiente cae durante el siglo XX y retorna en los últimos años. Uno de los motivos que Jones aduce para este resurgimiento es la traducción de *Beowulf* (1999), por parte de Seamus Heaney, y de otros textos medievales. Esto propició la composición de poemas que utilizan la literatura medieval, o las ideas sobre la cultura medieval, como trampolín para su propia poesía original. Algunos ejemplos, tentadores para seguir explorando, son: *Letter to Patience* (2006), de John Haynes, y *Telling Tales* (2014), de Patience Agbabi.

<sup>3</sup> Los artículos versan sobre el lazo del medievalismo con: la poesía británica, la arquitectura, el cine, la música, los videojuegos y los juegos de rol, la época temprana, la época romántica, la academia y el nacionalismo, la ideología de la guerra, Hispanoamérica en los años posteriores a las independencias, las relaciones internacionales, la globalización y la traducción, las teorías de la temporalidad, los estudios *queer*.

A este primer trabajo, más relacionado con lo genérico y con un ámbito restringido geográficamente, lo siguen una serie de capítulos que se abocan a las manifestaciones del medievalismo en distintas disciplinas. John Ganim explica la reinención de la Edad Media a través de la construcción, la planificación y el diseño urbanos. “Medievalism and architecture” rastrea los vestigios de arquitectura medieval en construcciones de otras culturas del mundo. Hay que tener en cuenta que en el siglo XVIII había surgido un nuevo entusiasmo por las ruinas medievales británicas que queda patente, por ejemplo, en la mansión de Horace Walpole, autor de *El castillo de Otranto*, “Strawberry Hill”. Estas perspectivas se trataban más de una visión imaginativa que de una imitación de estructuras existentes. En este sentido, Ganim contrasta imágenes de edificios medievales reales y ficticios. Sobre el caso francés, destaca los programas de reconstrucción y, especialmente, las figuras de Viollet-le-Duc y Jean Baptiste Lassus, quienes consideraron al promedio del siglo XIII como el clímax de las catedrales y las ciudades libres. Más hacia el final, Ganim retoma algunas críticas de John Ruskin a las reconstrucciones modernizantes, los debates arqueológicos posteriores, y el curioso caso de la novela utópica socialista del futuro medieval *News from Nowhere*, de William Morris. Luego, se detiene en diferentes ejemplos de la Bauhaus, como “La catedral del futuro”, de Lionel Feininger, y los campus de los *colleges*. Para cerrar, se remarca la múltiple utilización que se hizo de la arquitectura medieval y se realiza una conexión con la trasposición hacia los nuevos medios interactivos y los juegos digitales.

Tras este paso por la arquitectura, nos encontramos con el medievalismo en el cine, la música, los videojuegos y los juegos de rol. Bettina Bildhauer, autora de *Filming the Middle Ages* (2011), luego de una breve reflexión sobre la denominación del género (entre todas las variantes se inclina por “medieval film”), efectúa un recorrido por películas de temática medieval<sup>4</sup> y señala la proliferación en los últimos años de este tipo de producciones. A través de sonidos e imágenes se busca representar la Edad Media. Estas películas transcurren entre los siglos VI y XV, aunque los límites son lábiles, y pueden tomar su materia en la literatura medieval que transcurre en otras épocas o en la literatura moderna que transcurre en época medieval (así sea fantástica, como las sagas de *Harry Potter*, *Shrek* y *El señor de los anillos*). Es interesante su observación de que aún hay poca producción crítica sobre los filmes más antiguos y sobre los que exceden el mundo angloparlante.<sup>5</sup> Ante los juicios por la mayor o menor exactitud académica, Bildhauer explica que una representación auténtica no es necesariamente realista. Muchas veces es más potente el efecto de que la imagen se vea como esperamos que se vea “lo medieval” y no como realmente fue. Por eso, el imaginario se vincula con la fantasía o aparecen las funcionalidades de los anacronismos para todo lo que no puede ser entendido desde el punto de vista moderno. Una característica que tienen prácticamente todas estas películas es que las problemáticas del tiempo y de la historia usualmente son tematizadas en la propia trama.

Helen Dell se pregunta por la fantasía y por la autenticidad en la música medieval en “Musical medievalism and the harmony of the spheres”. Dell pone en relación una serie de categorías binarias de acuerdo con opiniones universalmente aceptadas sobre lo medieval. La

<sup>4</sup> Bildhauer afirma que para el volumen decidió hacer un inventario y no un estudio de caso. Algunas de las películas que menciona como más populares, en un recorrido cronológico, son: *El séptimo sello* (1957), *Monty Python and the Holy Grail* (1975), *El nombre de la rosa* (1986), *A Knight's Tale* (2004), *Kingdom of Heaven* (2005) y *Beowulf* (2007). Más adelante en el artículo agrega otra serie al canon de “medieval films”, establecido por los estudios críticos anglófonos.

<sup>5</sup> Hay que tener en cuenta, aquí, que las películas medievales florecieron, primero, en los años 20 y, después, en los clásicos hollywoodenses de los 50 y 60.

---

autora hace un recorrido histórico por la Antigüedad, pasando por Agustín, Boecio y la *musica instrumentalis, humana y mundana* (esta última también denominada “música de las esferas”). La pregunta de fondo es *cómo* escuchar la música medieval. Para acercarse a algo parecido a una respuesta, cobran especial importancia los testimonios de Agustín, en conflicto para distinguir entre el disfrute racional y el placentero de la música. Sin embargo, y a diferencia de lo que quisiera un moderno, la tensión permanece sin resolverse. En el último apartado se alude a las reconstrucciones de grupos musicales, desde comienzos de los 80, y la preocupación por la correcta puesta (Hell ejemplifica con el villancico tardomedieval “Ther is no rose of swych vertu”, ca. 1420, y las numerosas grabaciones que tuvo). Finalmente se pasa a otras versiones “neomedievales”, propias del *heavy metal*, el *viking metal*, y el conocido caso de Varg Vikernes.

El siguiente capítulo está destinado a los ámbitos en que adoptamos un posicionamiento más activo en el medievalismo: los festivales, la recreación, el simulacro y la atracción por lo medieval desde lo amateur. Daniel Kline menciona cuatro casos de estudio emblemáticos neomedievales en “Participatory medievalism, role-playing, and digital gaming”: *Dungeons and Dragons*, *The Society for Creative Anachronism* y las ferias medievales o renacentistas, LARPing (Live Action Role-Playing), y los videojuegos. En todos estos casos se trata de crear mundos medievales que nunca existieron, siempre desde un lugar de encuentro activo y buscando la inmersión en el “mundo medieval”.<sup>6</sup> Algunas de estas experiencias son mediadas (como los videojuegos) y otras no (como las justas o las ferias). Todas estas prácticas conllevan el aprendizaje de asumir otras identidades. De acuerdo con Kline, el mundo medieval funciona para el jugador de rol como un trasfondo conservador y de valores tradicionales, pero con infinitas posibilidades individuales transgresoras. Muchos de estos eventos se fundan en cierta nostalgia y crítica a la sociedad actual (tengamos en cuenta, por ejemplo, el auge de ferias medievales a partir de la década del 60). En este sentido, ciertas coincidencias de estas actividades podrían resumirse de la siguiente manera: “The simultaneous convergence of the tropes of the past in the press of the present with a view towards an emergent future, all without an anxious reaching towards an authentic past” (87).

Los artículos de Mike Rodman Jones, “Early modern medievalism”, y Clare Simmons, “Romantic medievalism”, se detienen en el desarrollo del medievalismo en dos momentos históricos clave. El primer caso trabaja con una etapa fundante: el comienzo del medievalismo conlleva el fin de la Edad Media (con la aceptación de una periodización histórica determinada) y lo medieval resulta productivo en un período posterior. Este medievalismo temprano, de acuerdo con Jones, es resultado de la Reforma en Inglaterra, y ejemplifica con el prólogo a *The Two Noble Kinsmen* (1613) y el *Acts and Monuments* de Foxe. El texto de Simmons, por su parte, abre el juego un poco más allá de lo inglés. La imaginación melancólica romántica sigue la línea de *The Faerie Queene* de Edmund Spenser, vinculada con la aventura y lo fantástico: “At a time when women had no votes and few opportunities to comment on politics, medieval settings could provide a means to express opinions in an allegorized form” (106). Hasta entonces, la religión había sido un obstáculo para la valoración de la Edad Media, sin embargo, en esta etapa se retoman otras vetas como la poesía de trovadores y las colecciones de cuentos de hadas, desde un posicionamiento de contemplación melancólica del pasado acorde al temperamento Romántico. En este contexto se ve a la situación gubernamental inglesa previa a la conquista normanda de 1066 como más

---

<sup>6</sup> Resuena aquí un caso especialmente particular como el de “Campanópolis”, en González Catán, Provincia de Buenos Aires.

democrática. En otro orden, a comienzos de la época romántica había muy pocas ediciones de textos literarios medievales. En 1815, Thorkelin es el primero en transcribir el *Beowulf* del manuscrito y publicar una edición con la traducción al latín. Asimismo, en el segundo cuarto del siglo XIX se extiende el estudio sistematizado del anglosajón y se van haciendo accesibles textos en inglés antiguo y medio. En 1827 se registra el primer uso del término “medieval” para designar los estudios de anticuarios e historiadores. Otro ejemplo emblemático de esta productividad es *Ivanhoe* (1820), de Walter Scott, la primera novela histórica de temática medieval: “Ivanhoe ends with reconciliation as Saxons and Normans unite, helping to create a myth of origin for the modern-day English, to the extent that later readers tended to overlook the critique of medieval society embedded in the novel” (112). Hay que tener en cuenta que muchas de las escenas de *Ivanhoe* funcionaron como inspiración para muchas de las concepciones culturales posteriores de la Edad Media. El medievalismo fue utilizado con propósitos dispares y resulta difícil generalizar: se ha empleado con afán nacionalista y anti nacionalista; para criticar y, contrariamente, justificar situaciones del presente (como, por ejemplo, con los estudios de género). El romanticismo fue el puntapié, tanto desde el acercamiento religioso como desde el secular, para la investigación y el *revival* medievales: “The major contribution of the Romantic period to later conceptions of the Middle Ages, however, remains that it became acceptable, indeed patriotic, to take an interest in the medieval past” (117).

Hacia mediados del siglo XIX, los investigadores que trabajaron con la recepción de la Edad Media emulaban los métodos positivistas y cuantitativos de las ciencias naturales para encontrar aceptación en la universidad moderna. Richard Utz profundiza en la hegemonía de la academia germana y su viraje, promediando el siglo XX, hacia Estados Unidos. En “Academic medievalism and nationalism” se trata de comprender la construcción de la cultura medieval por parte de los académicos modernos, a partir de las comunidades nacionales y la utilización de sus pasados. Los bibliómanos, *dilettanti* o anticuarios son reemplazados por los filólogos, focalizados en los análisis histórico, lingüístico y estructural. La edición, la preservación y la catalogación ceden lugar a la crítica textual; el placer y la curiosidad a la profesionalización y la especialización. La terminología de la disciplina y el marco histórico aún no estaban del todo delineados alrededor de 1850. Los filólogos, así las cosas, se preocupan por establecer orígenes claros de los textos medievales y tienen una preferencia por los testimonios con una autoría plausible de ser determinada, el comparatismo de la mayor cantidad de versiones para “reparar el daño” y llegar, así, a postular un arquetipo. La primera crítica fuerte al modelo alemán, hegemónico a finales del siglo XIX, viene por parte de Joseph Bédier (aunque sus trabajos también estaban signados por un cierto nacionalismo, pero con el acento en la *Chanson de Roland*). Luego de la Primera Guerra Mundial comienza el declive de la filología por razones políticas (rechazo a lo germano) y económicas (Estados Unidos compra una gran cantidad de manuscritos). El siguiente análisis de Utz puede expandirse perfectamente a la totalidad del continente americano (dado que, asumimos, con “América” se refiere por sinécdoque tendenciosa, probablemente inconsciente, a Estados Unidos): “More often than not, the geographical and cultural distance to European subjects of investigation enables American scholars to focus attention away from rather nonsensical nationalist altercations about Charlemagne’s essential ‘Frenchness’ or ‘Germanity’ [...] they choose a middle ground between science-like approaches, on the one hand, and humanistic and presentist responses, on the other” (131).

---

Ligado al nacionalismo, el imaginario medieval suele ser relacionado, también, con guerras y batallas. Se ha visto a la Edad Media como un período de estabilidad frente al cambio continuo que supondría la modernidad. En “Medievalism and the ideology of war”, Andrew Lynch analiza el vínculo de lo medieval con la violencia, la identidad guerrera masculina y el heroísmo marcial. Se toman las ideas de nobleza, masculinidad y magnificencia medievales, y el cine hollywoodense le otorga la forma contemporánea más influyente. A veces, y casi inversamente, estos focos también representan preocupaciones como la justicia social, la tolerancia a la diferencia, el derecho a la autonomía política y la autorrealización del individuo. El desorden del Estado y la fundación de naciones son parte de las inquietudes que anclan en el imaginario medieval. *Lancelot du Lac* (1974), de Robert Bresson, a modo de ejemplo disruptivo, presenta una visión muy diversa de la guerra medieval, absolutamente negativa.

Nadia Altschul señala acertadamente que el estudio del medievalismo ha estado circunscrito en mayor medida a discusiones alrededor de las naciones inglesa y francesa, los países que estas colonizaron y a los que impusieron su lengua. En un paso por subsanar este desequilibrio, “Medievalism in Spanish America after independence” analiza las funciones y efectos que la idea de medievalismo tuvo en la América hispanoparlante, luego de las independencias decimonónicas. El trabajo se focaliza en Argentina y Chile, específicamente en las figuras político-intelectuales de Domingo Faustino Sarmiento, José Victorino Lastarria y Andrés Bello, quienes se cruzaron durante su exilio en Chile. Altschul toma elementos de la teoría poscolonial y amplía su significado temporalmente hacia atrás, de “after independence” a “after contact” (período que denomina “midcolonial”). Frente a la distinción entre la emancipación cultural y política, mientras que Bello acordaba con la herencia cultural española, los otros dos autores mencionados la veían como un impedimento para el progreso de la nación. Cuestionar lo español era, también, cuestionar el pasado medieval: “The reformers in particular considered that their newly politically independent societies were largely still living in a medieval period that had been established with the Spanish conquest” (152). Ahora bien, ¿por qué ese período era considerado como medieval si la conquista se había dado con el fin de la Edad Media? Altschul encuentra la respuesta en el discurso internacional de la “Leyenda Negra”, que estipulaba el atraso de España, su crueldad como conquistadores y una caracterización ligada al fanatismo religioso; todo esto asociado, por ejemplo, con la descripción que hace Bartolomé de Las Casas de la brutalidad hispánica. La “Leyenda Negra” atañe, así, a un discurso medievalizante: “The cultural battle lines in Spanish America after political independence can be fruitfully understood as a form of medievalism grounded in the stipulated medievality of metropolitan Spain” (153). Aquí se pone en evidencia la importancia de una visión global para la mejor comprensión de los estudios medievales. Una de las consecuencias de este tipo de discursos, a partir de la influencia social de la conquista, es que esbozan una América situada en una época medieval aún más oscura y de mayor ignorancia y barbarie (en clara distinción con respecto a las naciones conquistadas por ingleses y franceses). Por su parte, y rechazando ese pasado, Bello extiende la génesis de los pueblos americanos a los españoles, rechaza los dichos de Lastarria en relación con la “Leyenda Negra”, y compara el genocidio con la campaña civilizatoria del imperio romano. Vemos aquí dos usos opuestos y complementarios del medievalismo y cómo la Edad Media ha funcionado a modo de poderoso dispositivo estructurador de la independencia cultural americana. De acuerdo con Altschul, el medievalismo le proveyó a Sarmiento un mecanismo estructurante para domesticar la resistencia local y destruir a los habitantes locales.

---

La vertiente del medievalismo que se enfoca en los principios de la Edad Media apunta a las formaciones no estatales, la fragmentación de naciones, la violencia amorfa, la gobernación prenatal y las jurisdicciones transnacionales en el contexto de la globalización (en contrapunto, por poner un caso, con la Guerra Fría). A este análisis se aboca Bruce Holsinger en “Neomedievalism and international relations”, menos como un campo de estudio que como un modo argumentativo de la teoría política moderna. El interrogante que guía el capítulo es: “Why were modernisation theorists in the 1960s so insistent on locating the origins of modern statecraft, bureaucracy, and so on in the Middle Ages?” (168). Estas teorías, en última instancia, resultan aliadas ideológicas en la lucha contra el comunismo y las autoridades superpuestas, dado que caracterizan estas configuraciones de violencia e inseguridad continuas y ubicuas. Del otro lado estarían Roma y la cristiandad. Una pequeña distinción: en la posmodernidad el poder estaría en la información en lugar de la materialidad acumulativa.

En “Global medievalism and translation”, Candace Barrington trabaja con la obra *Wabala Dey O!*, de Ufuoma Overo-Tarimo, presentada en un festival en Edimburgo en 2012. Esta adaptación de los *Cuentos de Canterbury*, de Geoffrey Chaucer, se sitúa en Lagos en el siglo XXI y se combina con elementos de la tradición nigeriana. A partir del concepto de *translatio imperii et studii*, Barrington analiza cómo la conquista y la cultura vienen muchas veces de la mano y cómo los lazos con las culturas europeas fueron la base de las nuevas élites culturales de las colonias. En este sentido, investigar a partir de reescrituras y traducciones de textos medievales sería una forma no fundacional y no imperial de hacer estudios medievales en un mundo postnacional y neocolonial. Los regímenes coloniales europeos desparramaron las literaturas y las leyendas medievales a lo largo del globo en las culturas americanas, africanas y asiáticas, y emergieron nuevos medievalismos como resultado del cruce entre las tradiciones europeas e indígenas. En la ambivalencia interpretativa que permite la Edad Media por su riqueza, los europeos se apropiaban de las virtudes y atribuían a los otros los vicios medievales (violencia bárbara, religiosidad irracional, estancamiento intelectual, ingenuidad artística). Lo que Barrington denomina como “medievalismo global” operaría en tres sentidos: geográfico, temporal y lingüístico. Así, la nueva obra también iluminaría la comprensión del original de Chaucer: se redefine el pasado en términos del presente y, paralelamente, el medievalismo puede ser usado para comprender otras culturas “no occidentales”. El *quid* de la cuestión es que no se pueden etiquetar como medievales a todas las culturas de cualquier lugar entre los años 700-1500. Como problematizaban los interrogantes del comienzo de esta reseña, la Edad Media pareciera no ser un tiempo global, sino local: “While this limitation might seem to privilege a Eurocentric vantage, in fact it de-centres the European model as the one by which the rest of the world’s cultures such as China and Persia have temporalities independent of Europe, we recognise that European history is not the measure to judge histories and cultures of other geographical regions” (184). Esta consideración temporal global (en lugar de la correcta local) continúa siendo una forma de justificar agresiones mundiales como la esclavitud, la expansión colonial, la subyugación imperialista y, más actualmente, las restricciones ante la inmigración. Este artículo ilustra claramente cómo la temporalidad está cargada de ideología. Si las colonias se sienten herederas naturales de las naciones europeas, se infantiliza la cultura otra. Algo interesante ocurre cuando las culturas no europeas se apropian de los textos medievales para sus propios objetivos, como sucede con el caso analizado. Este proceso revela mucho sobre la cultura receptora. Otro ejemplo interesante que ofrece el capítulo es la reescritura del relato artúrico de Malory por parte de Natsume Soseki Kairo-ko, a comienzos del siglo XX.

---

---

El siguiente artículo profundiza aún más en la cuestión de la temporalidad. Stephanie Trigg comienza analizando las categorías de tiempo y temporalidad para ver cómo nos situamos ante el pasado medieval. “Medievalism and theories of temporality” pone en juego las metáforas de espacio, distancia y viaje para referirse al estudio del pasado medieval (poseedor de una alteridad espacial, cultural y lingüística con respecto a la modernidad). La propia epistemología o concepción del tiempo medieval es utilizada para distinguir lo moderno de lo premoderno. De acuerdo con Burke habría tres factores del sentido del tiempo no desarrollados en la Edad Media: el anacronismo o perspectiva histórica, una posición crítica ante las evidencias (lo que habilitaba mitos, ficciones y mayor autoridad), y una falta de interés por la causalidad histórica. La carencia de control del tiempo abriría, así, nuevas perspectivas utópicas y cierta heterogeneidad temporal. Las temporalidades múltiples provocarían la sensación de estar fuera del tiempo. El artículo, finalmente, trabaja con una serie de ficciones que tematizan el viaje en el tiempo o cuestiones ligadas a la temporalidad y la Edad Media, como *Les visiteurs du soir* (1993) o *Timeline* (1999).

Como cierre del tomo, Tison Pugh se dedica a analizar un film particular en “Queer medievalisms: a case study of *Monty Python and the Holy Grail*”. El presente redefine el significado cultural de géneros y sexualidades del pasado. Aquí, “queerness” refiere no solo a la sexualidad sino también a disrupciones del orden social que surgen cuando sexualidades y géneros no son conformes a las expectativas (sean del pasado o del presente). Las identidades sexuales son construcciones culturales de deseo que conllevan numerosas consecuencias ideológicas. Algunas escenas que resultan productivas al autor son: Galahad en el castillo Anthrax y el rescate de Lancelot del príncipe Herbert. Discursos medievalistas, como la película de Monty Python de 1975, abren la posibilidad de proponer una visión *queer* del pasado y reformular visiones genéricas y sexuales del pasado y del presente. En relación con la conocida homosexualidad del actor Graham Chapman (quien tiene el papel del rey Arturo) señala: “It is, of course, not surprising that, during the late 1960s and early 1970s, one’s admission of homosexuality elicited some surprise and discomfort, even within the rather bohemian world of television comedy” (217). Se trata de una manera de trabajar disruptivamente en una época en que la mayoría de los actores gays no salían del closet. Por último, y sobre el final, Pugh comenta la comedia musical *Spamalot* (2005), de Eric Idle, quien fuera Sir Robin en 1975.

La diversidad de artículos que componen esta *Cambridge Companion* funciona, en cierta manera, a modo de bisagra de una disciplina que está en pleno auge en nuestro presente. Este tipo de trabajos nos permite, desde nuestro lugar, acercarnos de manera más productiva a la Edad Media y a la literatura medieval y aprovechar estas textualidades en pos de una mejor comprensión de nuestro presente.